

RESEÑA / REVIEW



Pensar desde la descomposición: la posibilidad que existe en el desecho

Thinking Through Decomposition: The Potential Found in Waste

 **Valeria Ivanna Alcántara Estrada**
Universidad de las Américas Puebla, México
valeria.alcantarae@gmail.com
ORCID: 0009-0001-0182-5675

Doi: 10.36677/qret.v28i2.28088



Estrada, C. (2025). *Componer la tierra. La esperanza que hay en la composta*. Universidad Autónoma Metropolitana.

Componer la Tierra. La esperanza que hay en la composta (2025), de Carolina Estrada, se inscribe en una escritura ensayística que articula reflexión ecológica, experiencia personal y conciencia crítica del entorno. Estrada ha trabajado como editora y generadora de contenidos en diversos proyectos comerciales; inició su trayectoria como dictaminadora en Editorial Planeta y ha colaborado con medios impresos y digitales dentro y fuera del país. Además, participó en la producción de los festejos por el bicentenario de México en 2010 y es autora de la *plaque* *Atónita Penumbra* (2005).

Recepción: 27 de marzo, 2026

Aceptación: 30 de abril, 2026



Esta obra propone una reflexión profunda sobre la relación entre los seres humanos y la Tierra a partir de la composta como eje conceptual y simbólico. Más que un enfoque técnico, se trata de una exploración íntima y crítica que busca comprender los procesos de transformación –personales, ecológicos y sociales– desde una mirada que reconoce la interdependencia entre vida, muerte y regeneración.

El libro se organiza en cinco premisas y un cierre que articula la reflexión general: la basura no existe; la enfermedad nos transforma; la vida precisa de la muerte; antes de armar es preciso destruir; y la regeneración es irremediable. A ellas se suma un “cierre que abre”, donde se afirma que al consumir decidimos el mundo. A través de estas ideas, Estrada conduce al lector por una reflexión que no sólo interroga el lugar del ser humano en la Tierra, sino también su relación con otros organismos que la habitan, subrayando la necesidad de devolver algo de lo que se recibe.

El recorrido parte de lo íntimo para desplazarse hacia lo crítico. Uno de los principales aciertos radica en la exploración del origen de la angustia de la autora, que ella misma identifica como *solastalgia* – término acuñado por Glenn Albrecht– ante la transformación de su entorno, particularmente en la colonia San Ildefonso, donde la urbanización implicó la desaparición del bosque, la degradación del río y la sustitución de paisajes por zonas pavimentadas. En este tránsito, la autora se replantea a sí misma desde la metáfora de la composta, entendida como un proceso de descomposición necesario para la transformación, lo que le permite construir una perspectiva desde la cual compartir sus hallazgos. Como señala: “encontré esperanza en un lugar donde la regeneración es constante, poblado por seres anónimos o despreciados, oscuro y recóndito, donde la muerte da paso a la vida” (Estrada, 2025, p.23).

Uno de los aportes más relevantes del libro está en la forma en que articula su reflexión siguiendo una lógica análoga a la de la propia composta: un ensamblaje de elementos diversos que, lejos de fragmentarse, se entretejen hasta construir un argumento sólido y orgánico. Desde su origen –situado en el contexto de la pandemia, momento de incertidumbre en el que la circulación de imágenes sobre la reapropiación del espacio por otras especies puso en entredicho la centralidad humana– el texto se plantea como una indagación sobre el lugar que ocupamos en el mundo.

Resulta especialmente significativa la distinción entre *composta* y *compost*. Mientras la primera se entiende como un proceso en curso, un conjunto de materiales en transformación, el segundo remite al producto

resultante que permanece abierto a nuevas mutaciones. Esta idea se refleja en la estructura del libro, concebido como una especie de “lasaña” en la que se superponen experiencias personales, referencias científicas y aportaciones de otros autores, logrando que cada elemento contribuya al conjunto sin perder su singularidad. Así, la lectura genera la sensación de que el lector participa activamente en la recolección de ese *humus conceptual*.

Desde el plano conceptual, una de las contribuciones más sugerentes consiste en cuestionar las formas binarias desde las cuales se ha pensado la relación entre los seres humanos y la naturaleza. Estrada identifica dos posturas recurrentes: aquella que sitúa al ser humano como entidad superior destinada a dominar el entorno, y aquella que lo concibe como una fuerza destructiva equiparable a un virus. Frente a ambas, propone una reconfiguración que rompe con esta lógica separatista y reivindica la pertenencia del ser humano a la naturaleza como parte constitutiva de ella. En este marco, la composta opera como una metáfora central que permite replantear nociones profundamente arraigadas, como la de la “basura”, al evidenciar que todo residuo forma parte de un ciclo continuo de transformación.

Esta perspectiva se extiende a la comprensión de la enfermedad y de la degeneración, no tanto como estados negativos, sino como procesos que permiten la aparición de posibilidades de conciencia, de atención y de regeneración. En palabras de la autora: “nuestro ser se nutre del compost que genera nuestra propia vida a través de un proceso constante de alimentación, desecho y regeneración” (Estrada, 2025, p. 93). De este modo, se configura una ética de la interdependencia en la que lo desechado, lo incómodo o lo doloroso adquiere un valor fundamental dentro de los procesos vitales, desestabilizando las jerarquías tradicionales.

Componer la Tierra dialoga de manera directa con problemáticas contemporáneas como la crisis ambiental, el modelo de consumo lineal y la instrumentalización de los desechos dentro de lógicas económicas y políticas que tienden a perpetuar el problema. La obra muestra cómo la producción incesante de desechos se ha convertido en una necesidad estructural que sostiene tanto prácticas de consumo como discursos de saneamiento que operan superficialmente. Asimismo, cuestiona interpretaciones del paradigma darwiniano utilizadas para justificar formas de dominación entre especies e incluso entre grupos humanos, señalando que “aprovecharse, acaparar, explotar, aniquilar y sojuzgar a otras especies o miembros de la misma especie es natural” (Estrada, 2025, pp. 67–68). Ante estas lógicas, se propone un desplazamiento hacia los modelos basados en la cooperación y

el reconocimiento de la diversidad como principio fundamental de los sistemas vivos. La reflexión se inscribe en un contexto marcado por el predominio del consumismo, la sobreexplotación de los recursos y diversas formas de desigualdad, cuestionando la concepción de la Tierra como propiedad o recurso disponible y recordando, en cambio, la pertenencia del ser humano a un entramado más amplio de relaciones vitales.

Frente a este diagnóstico, el texto se desplaza hacia el terreno de la acción. Más allá de señalar problemáticas, Estrada propone formas concretas de reconfigurar la relación con la Tierra mediante prácticas cotidianas que recuperan el vínculo con los procesos naturales. La composta adquiere un valor que trasciende lo técnico: se convierte en un ejercicio de participación activa en los ciclos de transformación y en una vía para asumir responsabilidad frente a los propios desechos. Este enfoque resulta particularmente relevante porque evita caer en discursos moralizantes; en su lugar plantea una ética del acompañamiento basada en la atención, la escucha y el cuidado. Estrada señala que “acompañar a la Tierra en este cauce... implica ser escuchas, observadores activos de sus procesos” (Estrada, 2025, p. 114). Así, el énfasis no recae en la culpa individual, sino en la posibilidad de construir formas de relación más conscientes y situadas frente a los procesos vitales que nos atraviesan.

Uno de los mayores aciertos del libro radica en la forma en que la autora resignifica una práctica aparentemente cotidiana como la composta, dotándola de profundidad conceptual y ética que la vuelve relevante en el contexto contemporáneo. Una de sus aportaciones más valiosas es esta capacidad de convertir lo ordinario en una vía de reflexión sobre problemáticas amplias. Asimismo, destaca la accesibilidad del texto, que no exige conocimientos previos y, sin embargo, logra involucrar al lector sin recurrir a posturas condescendientes o moralizantes, lo que amplía significativamente su alcance. No sólo es relevante para aquellos interesados en temas ambientales, sino también para un público más extenso al que se le exhorta a reconsiderar su relación con el planeta desde una perspectiva que combina saberes científicos con dimensiones sensibles y espirituales.

En conjunto, *Componer la Tierra. La esperanza que hay en la composta* se configura como un trabajo que articula de manera lograda la reflexión íntima, el análisis crítico y la propuesta ética en torno a la relación entre los seres humanos y la Tierra. Estrada no solamente analiza los problemas que enfrenta el presente, también brinda oportunidades para considerarlos y vivirlos de una manera diferente mediante una estructura que imita sus

propios procesos de transformación. El libro invita a desplazar la mirada de las soluciones grandilocuentes hacia prácticas situadas que, sin perder su aparente sencillez, poseen un profundo potencial transformador.

Su principal fortaleza radica en la capacidad de hacer visibles lo que normalmente permanece oculto o desvalorizado: los procesos invisibles del suelo, los ciclos de la materia, así como las formas de vida y relación que sostienen el equilibrio de los ecosistemas. Al hacerlo, logra interpelar al lector desde el ámbito intelectual, pero también desde una dimensión sensible que favorece una comprensión más amplia de lo que implica habitar el mundo. El texto deja como saldo una invitación a reconocernos como parte de un entramado vivo en constante transformación y a asumir, desde ese lugar, una responsabilidad compartida no fundada en la culpa, sino en la posibilidad que hay en el cuidado, la atención y la regeneración.

Referencias

Estrada, C. (2025). *Componer la tierra. La esperanza que hay en la composta*. Universidad Autónoma Metropolitana.